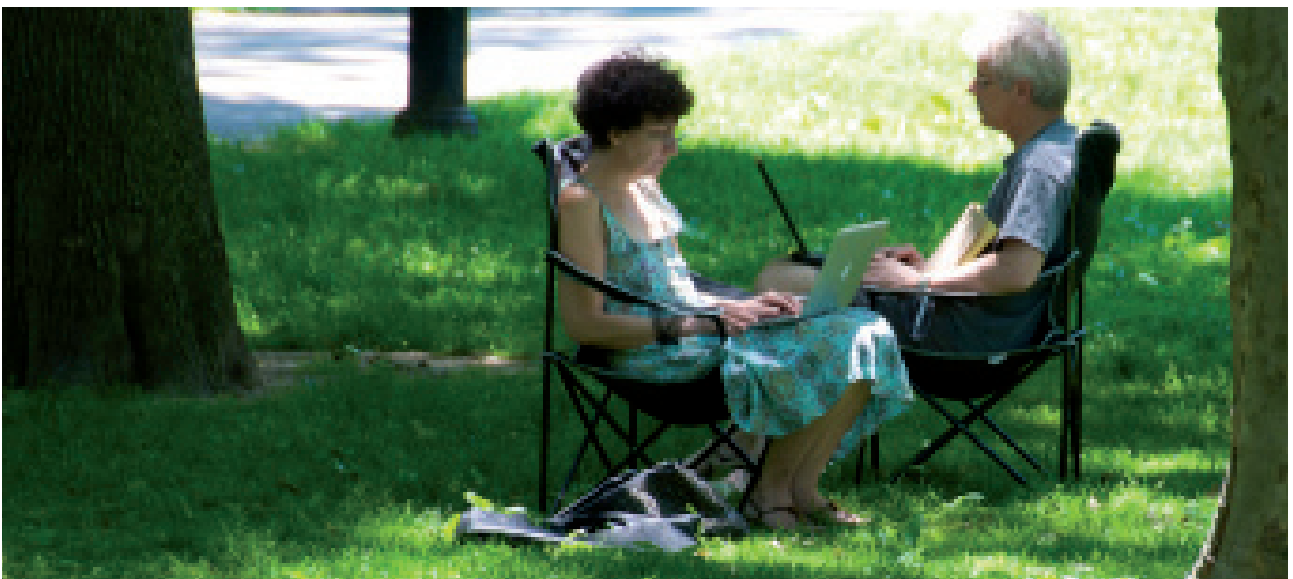


Ubaldo Gutiérrez Martínez

LA NUEVA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN



Ubaldo Gutiérrez Martínez

Ubaldo Gutiérrez Martínez. Nací en León, en la comarca de Astorga. Resido en Andalucía desde niño. Entre Jaén y Granada he hecho mi vida... estudios, amigos, trabajo.

Profesionalmente siempre me he dedicado a la docencia. Materias de Letras. Actualmente llevo la Coordinación de Estudios de Bachillerato en Granada College.

Comencemos por un interrogante: ¿por qué se habla cada vez más y con tanta intensidad de “la nueva sociedad de la información”?

Las razones, que además constituyen evidencias fácilmente constatables, serían, entre otras, las siguientes:

La amplia movilización de las nuevas tecnologías de la información converge en una creciente integración cultural, informativa y financiera. Muchos tipos de fronteras quedan diluidos.

La mundialización, “los efectos mariposa” en sentido amplio, las interdependencias múltiples, etc, están acabando con las distancias y con las diferencias geográficas, culturales, y de todo tipo. El nuevo mundo tiende a ser sobre todo homogéneo, compacto, uniforme: Es “El Ser” del que hablan los filósofos, es el Todo, con mayúsculas que engulle a los “todos” particulares.

La imagen de la nueva realidad es la de una inmensa retícula por la que discurren intercambios mercantiles, de información, de modas, de costumbres, de técnica, de conocimiento. El conocido concepto de “aldea global” de McLuhan, referido al salto impresionante del poder de los medios de comunicación, se complementa ahora con los de “mercado global”, “cultura global”; lo que sea, pero “global”.

Internet y la telefonía móvil son los exponentes emblemáticos de todo ello. Hubo antes otras nuevas tecnologías; la radio, el telégrafo o la televisión marcaron hitos, pero hitos que hoy resultan casi prehistóricos, y que no hacen sino subrayar la idea de que la era internet no ha hecho sino comenzar. El abanico de posibilidades que abre para comprar, para conocer, para informar..., hace que el habitante del lugar más recóndito ya no esté aislado.

Cuatro razones que subrayan el hecho de que el hombre es, más que nunca, ciudadano del mundo.

Ahora bien, en mi opinión, el tema clave consiste en saber cómo aprovechar todo este potencial y convertirlo en algo más serio. Quiero decir que toda esta revolución se me antoja, por ahora, un tanto cosmética, un tanto de fachada. Y por eso voy a ironizar un poco sobre sus supuestas ventajas, porque a veces resultan serlo sólo a medias, y otras son simples tópicos inflados como una burbuja.

En primer lugar, sobre la supuesta mayor comunicación. Pues miren, la realidad es que la telefonía móvil o internet han contribuido a fomentar sólo un sucedáneo de comunicación. El uso enciclopédico y cultural queda reducido, por hoy, a una elite escasa. Como red de servicios, para comprar, por ejemplo, todavía es muy limitado. La utilización mayoritaria queda reservada para los coqueteos del chat o para los mensajitos de los “emilios”. La mayoría de la gente identifica internet como el modo de poder relacionarse virtualmente, muy a menudo con desconocidos. Entonces, ¿comunicación o autismo virtual?

En segundo lugar, sobre el supuesto incremento de información. Pues sí, digamos que hay más datos, pero en contrapartida se está tendiendo, peligrosamente, a identificar información con verdad. Igual que antes algo era cierto porque lo decía la “tele”, hoy lo es porque lo dice internet. La siguiente anécdota lo ilustra adecuadamente: Recuerdan cuando en la red se distribuyó un mensaje advirtiendo de la falsedad de las imágenes emitidas por la CNN, mostrando el júbilo de una mujer palestina por el atentado contra las Torres Gemelas de New York. El día 20 de aquel mes de septiembre, un periódico español explicaba que el supuesto fraude era una invención de A.V. Carvalho, joven universitario brasileño sobre el que se daban diversos datos personales, así como sobre la falsedad de la acusación contra la CNN. No obstante, en la prensa del día 24, Vázquez Montalbán volvía a insistir en la posibilidad de engaño en las imágenes. Como si le hubiera sido imposible sustraerse a lo emitido por internet.



En tercer lugar, sobre la supuesta facilidad para adquirir formación y cultura. Pues, depende. Durante muchos años he dado clase en bachillerato y el dato lo extraigo de un aula con alumnos de 16 años. Para mi sorpresa, pude comprobar en una ocasión que varios chicos de un grupo de treinta estaban informados sobre las costumbres y los rituales de apareamiento del ornitorrinco australiano, pero más de quince (insisto, de un grupo de treinta) no habían visto en su vida, de carne y hueso, una vulgar vaca; y sólo uno no ignoraba que el buey no es “una especie de toro”. Saber que el ornitorrinco tiene pico de pato y cola de castor, no creo que implique tener más cultura, mientras se ignore qué es una vaca.

En cuarto lugar, sobre la cacareada aldea global. Supongo que para empezar habría que hablar de dos aldeas globales, la de los que tienen esos medios técnicos y la de los que no. Obviamente existe la posibilidad real de que un investigador en la Antártida pueda estar comunicado con bases de datos de las mejores universidades del mundo, pero al mismo tiempo millones de personas en África, Asia o Sudamérica no tienen acceso ni a la radio.

Además, si llega por fin esa aldeización habría que empezar a pensar que tanta homogeneidad y uniformidad acabaría por resultar peligrosamente paleta. Las boinas caladas hasta las orejas del monoculturalismo, normalmente, embrutecen, empobrecen y envilecen.

En quinto lugar, sobre la falacia del aumento en las dosis de democratización y de libertad. También aquí soy escéptico. Cuando yo era niño jugábamos al escondite o a la pelota, y, de verdad, no creo que fuera menos libre por eso que cualquier chaval de hoy ante las posibilidades de los jueguecitos de ordenador. Del mismo modo, el acceso a la información no acarrea necesariamente una convivencia donde los valores de la democracia ocupen un primer rango.

En conclusión, no trato de negar el valor de las nuevas tecnologías. Lo que niego es la veracidad de la ecuación más técnica igual a mundo mejor, más libre, más informado, más culto, y más humano. El segundo término no se identifica con el primero, ni se desprende lógicamente de él. Y quererlo ver así es simple demagogia.

